

EL ATENEO DE LA JUVENTUD EN DOS TIEMPOS: PORFIRISMO, REVOLUCIÓN

Fernando Curiel Defossé*

Resumen / Abstract. The Ateneo de la Juventud in Two Stages: Porfirism and Revolution
Palabras clave / Keywords: literatura mexicana, Ateneo de la Juventud o Mexicano, Porfirio Díaz, revolución mexicana / Mexican literature; Athenaeum of Youth or Mexican Athenaeum; Porfirio Díaz; Mexican revolution.

En una breve semblanza histórica —porfirismo y Revolución—, el autor relata los orígenes del Ateneo de la Juventud, posteriormente denominado Ateneo de México, cuyos inicios se remontan al Modernismo, con la aparición de publicaciones como la *Revista Moderna*, *Revista Moderna de México* y *Savia Moderna*. Distinguidos intelectuales como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y José Vasconcelos, junto con los demás integrantes del Ateneo de la Juventud, sentaron las bases para una ambiciosa recuperación de lo nacional mexicano y los valores latinoamericanos, para lograr una identidad que, además de real, fuera viable en el futuro. / In a brief historical sketch —porfirism and revolution— the author recounts the origins of the Ateneo de la juventud, later known as Ateneo de México, whose history goes back to modernism and the novelty of publications as *Revista Moderna*, *Revista Moderna de México* and *Savia Moderna*. Outstanding intellectuals such as Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo and José Vasconcelos, along with other members of the Ateneo de la Juventud, set the ground needed to regain Mexican nationalism as well as Latin-American values for one purpose: to achieve a real identity with a viable future.

PRECISIONES



El personaje que aquí examinaremos es de carácter colectivo, llámese generación o, como yo prefiero hacerlo, constelación. Ahora bien: frente a la tesis de que el Ateneo de la Juventud (a la par mitificado y no estudiado del todo) se agota con el tiempo que lo fragua, el porfirismo, sostendremos, por el contrario, perdura en el tiempo que lo sucede (¿y prolonga?): el revolucionario. Por lo menos hasta la década de los veinte.

También frente a otra tesis, diversa, que sitúa el surgimiento del Ateneo en 1909 o de plano 1910, ligándolo a la Revolución, estableceremos que sus

* Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

orígenes se remontan al Modernismo, en cuyas revistas, la *Moderna* y la *Moderna de México*, hace su aparición lo que podríamos considerar el núcleo poético del Ateneo de la Juventud. Este nexo entre los modernistas y los futuros ateneístas (el bautizo oficial debe esperar algunos años) se patentiza de diversas formas, incluida la de llamar los jóvenes, a su propia revista, *Savia Moderna*.

PREHISTORIA, PUES

1898. Precedida por un tenaz anhelo, y un adelanto que de sostenerse quizá la hubiera hecho innecesaria o redundante, circula *Revista Moderna*. El tenaz anhelo databa de principios de 1893, el adelanto lo configuró *Revista Azul* de (principalmente) Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo. Lo primero: en respuesta a la censura a la publicación de su poema "Misa negra", que le valió el despido del periódico *El País*, cuyo suplemento literario dirigía, José Juan Tablada envió una carta a sus amigos anunciando la próxima aparición de una revista "exclusivamente literaria y artística, animada por la filosofía y el sentimiento más avanzados". Lo segundo: antes de que se materialice la promesa de Tablada, en 1894 aparece *Revista Azul*, que en breve alcanza resonancia hispanoamericana. La temprana muerte de su principal animador, Gutiérrez Nájera, en 1895, la condena a su extinción, la que tiene lugar al año siguiente, 1896.

El campo libre, aparece al fin *Revista Moderna*, y al ateneísmo se adherirán, llegado el momento, los siguientes colaboradores de la misma, todos principalmente poetas: Roberto Argüelles Bringas, Ricardo Gómez Robelo, Enrique González Martínez, Rafael López, Manuel de la Parra, Efrén Rebolledo, Abel C. Salazar, Luis G. Urbina, Jesús Urueta y Ángel Zárraga. Cabe apuntar que uno de ellos, Ricardo Gómez Robelo, será de los primeros en lanzar proyectiles contra uno de los principales objetivos del nuevo movimiento: el positivismo. También que, pese a que ya se cumplió el primer centenario del Ateneo, sigue pendiente la antología de su núcleo poético, arropado por el Modernismo.

CASA PROPIA

Entre 1898 y 1906, fecha esta última en la que nos detendremos, la escena mexicana se ve atravesada por diversas corrientes: artísticas, intelectuales,

políticas. Resumen. En 1903, *Revista Moderna* muda de nombre y de formato. Nuevo nombre: *Revista Moderna de México*; nuevo formato: magazine. Lo que se traduce en una atención a cuestiones extra o metaliterarias, además de conservar, o por lo menos intentarlo, el énfasis artístico de su origen. Junto al Modernismo afloran narrativas realistas y de vocación naturalista. En el horizonte de las ideas aún subsiste, embozado, el enfrentamiento liberal-conservador, y crece la crítica al positivismo. Asimismo, en 1903 se crea la figura de la Vicepresidencia, lo que confiere un ingrediente más —perturbador, envenenado— al continuismo porfiriano. Al año siguiente, Díaz se reelige con Ramón Corral como segundo a bordo.

En un plano que cobrará extraordinaria relevancia, en 1901 se crea, dentro del Ministerio de Justicia, la Subsecretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y, en 1905, se le convierte en Ministerio; funciones ambas a cargo de Justo Sierra, figura clave en los planes de la educación nacional — que atesoraba el proyecto de apertura de una universidad— y decisiva en el devenir ateneísta.

1906. Pese a que la nueva revista *Moderna* sigue acogiendo nombres que luego serán reconocidos como ateneístas, hablo, por ejemplo, de María Enriqueta, Luis Castillo Ledón, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, el grupo emergente decide probar suerte con una revista propia en lo que podría considerarse la presentación pública de lo que, luego de diversos sucesos, se llamará Ateneo de la Juventud.

Savia Moderna (título que se impuso al probable de *Savia Nueva*, más comprometedor sin lugar a dudas), revista en la que, a los ya citados, se suman los nombres de Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Carlos González Peña y Max Henríquez Ureña (que seguía los pasos mexicanos de su hermano mayor Pedro), duró apenas cinco entregas; tiempo insignificante en comparación con los dos años de *Revista Azul*, los cinco de *Revista Moderna* y los ocho de *Revista Moderna de México*.

No obstante lo anterior, la revista empezó a trazar las líneas de la mano del movimiento. Así tenemos, a guisa de ejemplo, la exposición de pintura y escultura montada en la calle de Santa Clara, y que permitió la reunión de Gerardo Murillo (curador, como se dice hoy, de la exposición), Joaquín Clausell, Gonzalo Argüelles Bringas, Germán Gedovius, Diego Rivera (portadista, además, de la publicación), Jorge Enciso, Francisco de la Torre y los hermanos Alberto y Antonio Garduño.

No sorprende la visita a la exposición, oficial, del subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Ezequiel A. Chávez, y a título privado, de su jefe el ministro Sierra.

LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS

Pero no sólo se exploraron los caminos de una nueva plástica mexicana. El cierre de la revista no apareja la dispersión del grupo. Dos proyectos entran en juego: o una nueva aventura editorial, el periódico *Arte Libre*, o una Sociedad de Conferencias, idea de la autoría del arquitecto Acevedo. Se impone el segundo proyecto, portador de una auténtica innovación: el extensionismo (origen de la difusión cultural), expresión del compromiso social del intelectual en la redistribución del saber, que es un poder.

Dos ciclos, uno en el Casino de Santa María, otro en el Conservatorio Nacional, tienen lugar; uno más, revelador de uno de los intereses del grupo, la cultura griega, se aplaza indefinidamente; mucho, oceánico, era lo que había que leer, investigar, discernir, discutir...

De otra parte, el grupo se involucra en dos algaradas en las que las cuestiones culturales se contaminan con las políticas. Como fruto, el movimiento adquiere plena visibilidad. Hablo, en primer término, de la vindicación del finado Manuel Gutiérrez Nájera y los modernistas en activo, frente a la exhumación que en 1907 Manuel Caballero realiza de *Revista Azul*, falsificando el prístino propósito najeriano y declarando la guerra al Modernismo. Hablo, en segundo término, de la vindicación de Gabino Barreda, la Escuela Nacional Preparatoria y el ministro Sierra, frente a la propuesta que en 1908 hace Francisco Vázquez Gómez de privatizar la positivista enseñanza preparatoria, manera de tornarla confesional.

Si en la primera jornada, los ex savios (los de *Savia Moderna*) salen a las defensas de sus primeros patrocinadores, los corifeos de las revistas modernas, en la segunda actúan como decididos aliados de Sierra, al extremo de que la convocatoria para la manifestación la firman Antonio Caso, José María Lozano y Jesús T. Acevedo.

CONSECUENCIAS INESPERADAS

La defensa de Gutiérrez Nájera y los modernistas lleva a los jóvenes a deslindarse del Modernismo ("puesto que a estas horas ya ha pasado") y reconocerse "hijos de nuestra época y nuestro siglo", al punto de reclamar: "¡Momias, a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!", reclamo que al momento podían suscribir el Partido Liberal, el magonismo y el reyismo y, más adelante, el antirreeleccionismo. La defensa de Barreda, por su parte, se resuelve en la revisión del positivismo, encabezada por el mismísimo Justo Sierra.

LA FRONTERA

Entre 1909 y 1910, el movimiento ya posmodernista se consolida. A mediados del primer año mencionado, Antonio Caso rinde en la Escuela Nacional Preparatoria un curso sobre el positivismo y, a finales, en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencias se funda, con todo y reglamento, el Ateneo de la Juventud. Durante 1910, en el marco de las fiestas del Centenario, los ateneístas participan del programa cultural diseñado por el Ministerio de Instrucción Pública. Resumen:

- *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ciclo celebrado entre agosto y septiembre en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, a cuya inauguración asiste Sierra.
- *Antología del Centenario*, estudio documental de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia, obra dirigida por don Justo en la que participan dos ateneístas, Luis G. Urbina y Pedro Henríquez Ureña.
- Designación de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña como, respectivamente, secretario y oficial mayor de la recién fundada Universidad Nacional de México, y a cuyo frente quedó el rector Joaquín Eguía Lis.

El 20 de noviembre estalla la revolución mexicana.

SIN PARAR: NUEVOS AIRES, MÁS EMPRESAS

¿Toca a su fin el movimiento con la caída de Díaz en 1911 o, con mayor razón, con el triunfo del constitucionalismo sobre Victoriano Huerta en 1914? Veamos. Verdad es, en primer término, que por el reeleccionismo se pronuncian ateneístas de la talla (ya en construcción) de Antonio Caso, y de la magnitud (por construir) de Martín Luis Guzmán. Cierto es, en segundo, que el huertismo imanta a buen número de ateneístas: José María Lozano, Rubén Valenti, Nemesio García Naranjo, Enrique González Martínez.

Pero, asimismo, consta la temprana simpatía maderista de ni más ni menos que José Vasconcelos y, ya triunfante el maderismo, de Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto (directores de *Savia Moderna*) y, corregido el camino, de Guzmán, entre los principales.

¿Afectan las elecciones, las preferencias políticas, al personaje colectivo, a su *ethos*?

Para dar respuesta a esta central pregunta, se requiere una división temporal: entre 1911 y 1920 y entre 1921 y 1924 e incluso, con el apoyo de la historia virtual, contrafactual, entre 1921 y 1929.

La pesquisa arroja indicios varios, interconectados, que sustentan la plena inserción del ateneísmo en la Revolución.

1911-1921

Diáspora, sí, exilio, sí, huida, sí. Por razones revolucionarias, contrarrevolucionarias, revolucionarias de nuevo, lucha de facciones que no cesará sino hasta 1929, regla con excepciones. Sin embargo, al despliegue que lleva a tierras extranjeras a Reyes, a Guzmán, a Acevedo, a los ateneístas huertistas como García Naranjo, a los ateneístas anticarrancistas como Vasconcelos, se produce un repliegue.

¿En qué escenarios? Dos, en conexión más subterránea que de superficie: La ciudad de México y la Universidad Nacional.

Al primer escenario corresponden, básicamente, dos episodios de 1912. La mutación (más de nombre que de sustancia) del Ateneo de la Juventud en Ateneo de México y, acto seguido, la fundación de la Universidad Popular Mexicana, máximo abrazo, como gustamos afirmar, del

ateneísmo al “elemento popular”, indiscutible antecedente del vasconcelismo educativo de los veinte.

El segundo escenario ofrécelo la Universidad Nacional, ella misma en proceso de adaptación o, mejor aún, de recrudescimiento de su significación. A los ateneístas se deberán dos reformas de fondo. Ahora que, en cuanto a la primera, resulta incómoda pero incontrovertible su mención. Incómoda, por tener como marco al régimen de Victoriano Huerta, el verdugo de Madero; incontrovertible, por deberse a uno de los iniciales ateneístas, Nemesio García Naranjo quien, en su carácter de ministro de Instrucción Pública, erradicó por completo el programa positivista de la Escuela Nacional Preparatoria en aras de otro, de mayor complejidad, deudor del saber, la estética y la ética.

La segunda reforma, a su vez, encauzó una de las tres secciones de la Escuela Nacional de Altos Estudios, la de Humanidades, indiscutible antecedente, a su vez, tanto de la Facultad de Filosofía y Letras (1924) como de la Coordinación de Humanidades (1945).

La novísima institución, no se olvide, aspiraba al posgrado, a la investigación (integral: humanista y social, exacta y natural) y a la formación de profesores del sistema universitario.

¿No venían pugnando los ateneístas por la vuelta de las humanidades a la enseñanza universitaria? Pues hete aquí que las materias a enseñar investigando eran las lenguas clásicas y las lenguas vivas, las literaturas, la filología, la pedagogía, la lógica, la psicología, la ética, la estética, la filosofía y la historia de las doctrinas filosóficas.

Miel al oso, música a los oídos.

Nada sorprende, entonces, que estén al frente de la Escuela Nacional de Altos Estudios adeptos al Ateneo como Ezequiel A. Chávez o ateneístas clavados como Alfonso Pruneda (el conductor de la Universidad Popular Mexicana en ausencia de Alberto J. Pani) o Antonio Caso. Menos todavía que se torne campo de maniobras para los cursos libres de filosofía o del cultivo moderno de la lengua y la literatura españolas.

Como bien apunta Reyes, estudiados los hechos económicos y políticos de la Revolución, reclaman su beligerancia los culturales. Lugar privilegiado del actuar del Ateneo mientras huye Huerta y se disputan la plaza carrancistas, villistas, zapatistas, convencionistas.

1921-1924 (¿O 1929?)

Si encontramos vestigios ateneos de 1911, fin del porfiriato (que no, al parecer, del porfirismo), al triunfo de la rebelión de Agua Prieta, ¿qué decir de la cruzada vasconcelica, la cultural, de 1920 a 1924? ¿Don José surgía por generación espontánea y, más aún, enteramente solo? ¿O, por el contrario, como sostenemos, encauza, sin duda con intransferible originalidad y con tonos mesiánicos, todo un proceso con preeminencia ateneísta?

Veamos.

José Vasconcelos se hace cargo de la Universidad Nacional en junio de 1920, designado por el presidente provisional Adolfo de la Huerta. Si lleno de dificultades e incomprendiones, pero asimismo de tenacidad e imaginación, había sido el camino seguido por la Universidad a lo largo de sus diez primeros años, la desaparición en 1917 del Ministerio de Instrucción Pública del que dependía la institución, la degradó a Departamento Universitario y de Bellas Artes, con jurisdicción limitada al Distrito Federal. De suerte que se mezclaban la Rectoría y una jefatura departamental.

Al tomar posesión, en sucesión del modernista Balbino Dávalos, Vasconcelos anunció que no se hacía cargo de la Rectoría para conceder borlas o presidir consejos. Más que nuevo rector, debía considerársele "delegado de la Revolución", colaborador de un gobierno en el que "la Revolución cristalizaba en una postrera esperanza". La Universidad debía trabajar para el pueblo, aconsejándole la constitución de un "órgano federal de educación pública", un federal Ministerio de Educación. De los dos caminos que a él se le ofrecían, redactar sin más la nueva ley y pasarla a las cámaras o elaborarla en el seno de la Universidad, había elegido el segundo. Invitaba al claustro a fundirse con los anhelos populares, difundir su ciencia en "el alma de la nación".

Injusto, cruel, rematadamente bárbaro era el Estado que permitía el contraste entre, de un lado, el desamparo absoluto y, de otro, la sabiduría intensa o la riqueza extrema. La pobreza y la ignorancia eran los peores enemigos, y a nosotros, señala, corresponde resolver el problema de la ignorancia. Deber fundamental de nuestros educa-

dores era tener en cuenta que la finalidad de la educación consistía en “formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás”.

Asombran, así sean aproximados, los números arrojados por la cruzada educativa vasconcelista en la Rectoría (1920-1921) y en la Secretaría de Educación Pública (1921-1924), a la que se adscribía la Universidad Nacional. Cerca de 5, 000 alfabetizadores y entre 80,000 y 100,000 alfabetizados. Un diluvio de publicaciones, en el que sobresalen la colección de “clásicos”, con tirajes de 20,000 a 25,000 mil ejemplares, y la revista *El Maestro*, con tiraje de 75,000 números.

Una revisión minuciosa implica al Ateneo de México, antes Ateneo de la Juventud, en la obra educativa de Vasconcelos. Mariano Silva y Aceves colabora como secretario suyo. Julio Torri queda al frente del Departamento Editorial. Para hacerse cargo de otro de los proyectos estelares, la Dirección de los Cursos de Verano para Extranjeros y la Jefatura del Departamento de Intercambio Universitario invitan a Pedro Henríquez Ureña, a la sazón profesor en la Universidad de Minnesota. Al pasar Vasconcelos a la Secretaría, quien lo sucede en la Rectoría (por cierto, vía votación directa) es Antonio Caso. Muy al comienzo se piensa en traer de Madrid a Alfonso Reyes, donde había recuperado el paso diplomático, para ocupar la Subsecretaría de Educación Pública. Juntos, el secretario Vasconcelos y el rector Caso, echan a andar un Departamento de Extensión Universitaria.

Sin embargo, varias circunstancias cancelan esta que podríamos llamar segunda vuelta del Ateneo, su tiempo revolucionario. Circunstancias todas marcadas por la política.

Hacia el interior, se enfrentan las visiones universitarias de Caso (empeñado en la autonomía, o cuando menos en la independencia del claustro) y de Vasconcelos (celoso de las atribuciones legales de la Secretaría a la que estaba adscrita la Universidad Nacional); desacuerdo que pasa por el despido del director de la Escuela Nacional Preparatoria (Vicente Lombardo Toledano), la expulsión de numerosos alumnos y profesores (entre ellos Alfonso Caso, hermano de Antonio) y las renunciaciones del rector y del director de la Escuela de Verano y jefe de Intercambio Universitario. Todo esto en el marco de la inminente sucesión presidencial, en la que Obregón se inclinaba por Calles, a quien se oponía Vasconcelos.

Hacia fuera, contó decisivamente la resolución del secretario de renunciar al gabinete para contender por la gubernatura de Oaxaca, su estado natal.

CIERRE ESPECULATIVO

¿Cuál hubiera sido la historia del Ateneo si Vasconcelos, uno de sus fundadores, alienta en vez de ignorar a la Universidad Popular Mexicana? ¿Qué se hubiera alcanzado si Vasconcelos, en vez de oponerse a la prefigurada candidatura presidencial de Calles y de aspirar al gobierno de Oaxaca, hubiera creado las condiciones políticas para continuar cuatro años más su obra educativa? Más aún: ¿su anhelado ascenso a la Presidencia de la República, hubiera reagrupado por tercera vez al Ateneo?

Lo incuestionable es que el papel colectivo cesa en 1924. Lo que no impedirá que, en lo individual, algunos de los más destacados ateneístas participen posteriormente en empresas culturales y educativas de gran trascendencia. Digamos Reyes, en lo que se refiere a la Casa de España, luego El Colegio de México, y el propio Reyes y Antonio Caso en lo que atañe a El Colegio Nacional.